

# CUADERNOS DE **Alzate**

REVISTA VASCA DE LA CULTURA Y LAS IDEAS / AÑO 2013

NÚMERO **46-47**

## **Estudios**

Juan José Laborda

## **Foco especial: Autodeterminación**

César Aguado Renedo

José María Benegas

Roberto Blanco Valdés

Javier Tajadura Tejada

Andrés de Blas Guerrero

Javier Pérez Royo

Francisco Caamaño

Francesc de Carreras

Josu de Miguel Bárcena

Cesáreo Gutiérrez Espada

José María Ruiz Soroa

Romualdo Bermejo García

Alberto López Basaguren

José V. Sevilla

Antonio López Castillo

Juan José Solozábal

## **Homenaje:**

### **Saizarbitoria**

### **y su mundo**

Jon Kortazar

Mikel Hernández Abaitua

Ur Apalategi

Amaia Serrano Maizkurrena

Iñaki Aldekoa

Jose Manuel López Gaseni

Xabier Etxaniz Erle

Joseba Gabilondo

## **Análisis**

Francisco J. Llera

Rafael Leonisio

Jonatan García Rabadán

Sergio Pérez

Lourdes Pérez

## **Notas**

Javier Ugarte

Karlos del Olmo

Andrés de Blas Guerrero

Carmen Sanz Ayán

# En el fluir mismo de los acontecimientos.

## Aportaciones recientes de la historiografía vasca

*Javier Ugarte*

UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO

Dice el maestro Georg Iggers que si todo cambio en los modelos de conocimiento está estrechamente relacionado con las corrientes de pensamiento de su época, tanto más ocurre con la historiografía, ocupada como está en dar sentido al tiempo histórico y encontrar el lugar del hombre en él. Podría decirse en cierta forma otro tanto de la antropología o la sociología. Y no ya con el pensamiento de la época sino con el fluir mismo de los acontecimientos, del espíritu de los tiempos –si de ello puede hablarse.

El País Vasco inauguraba en 2011 un tiempo sin ETA (que esperemos sea definitivo), y esto afecta, como es natural, muy centralmente a la última historiografía vasca. Ocurrió en Irlanda del Norte con el final del IRA (digamos también que fue su

final) en 2001. Aquello atrajo la atención de medios y políticos, de la sociedad en general; y comenzaron a aparecer estudios que se preguntaban por qué precisamente entonces si “nada sustantivo” desde el punto de vista de las reivindicaciones terroristas había cambiado (es el caso del libro del historiador Richard English, *Armed Struggle. The History of the IRA*, libro del año en 2003), o indagaban sobre las razones que conducen a las personas a recurrir al terror o qué se puede aprender de un pasado así, etcétera. El propio Richard English iniciaba con aquél un estudio comparativo –que ha continuado– entre el viejo y el nuevo terrorismo, entre IRA y Al-Qaeda.

También en el País Vasco ha comenzado de manera cruzada y algo desorde-

nada —como no podía ser de otro modo— esa reflexión tan necesaria hecha desde la historiografía y otras ciencias humanas. Quizá los estudios de mayor interés sean los dedicados expresamente a la propia ETA, a los que me referiré inmediatamente. Pero quisiera traer antes a colación una obra colectiva importante pero mal canalizada. En 2012 emitía ETB una serie de documentales bajo el título genérico de *Transición y democracia en Euskadi*. Era una serie sólida hecha con la colaboración de importantes analistas dirigidos por Juan Pablo Fusi y presentada por el periodista Iñaki Gabilondo. El primer capítulo tuvo un 13% de *share* y una media de 135.000 telespectadores, siendo la tercera opción de la noche en su territorio (una más que aceptable recepción para una serie documental). Mostraba hasta qué punto la población reclama una buena explicación del tiempo reciente que comenzó con el desplome del franquismo. La serie se había basado en trece guiones literarios que, tal vez por los cambios que se avecinaban en la política, fueron apresuradamente publicados en diciembre de ese año (*Guiones literarios de la Serie de ETB: Transición y democracia en Euskadi*, Bilbao, EITB, 2012). Los guiones (del propio Fusi, Luengo, de Pablo, García Sanz, Castells, Felipe Juaristi, Pérez Pérez, Molina, Casquete o quien firma esto) soportan una trama muy sólida de interpretación de lo que ha sido la dura Transición en el País Vasco desde los años sesenta hasta la actualidad. Y digo que fue publicada con apresuramiento (prisa, precipitación), lo que no habla precisamente bien

de cómo están las cosas de la política en el país. No es nada apropiado que una obra colectiva sólida deba ser editada con precipitación y descuido, al albur de los movimientos de la política cotidiana. Una mirada inteligente (y reposada; mejorada al hilo de los comentarios recibidos) de ese tiempo ayuda tanto a socialistas como a neoliberales, a nacionalistas de uno u otro signo, o a cosmopolitas y multiculturales. Comprender ayuda a cualquiera y a todos, ayuda a la inteligencia de cada cual y a la colectiva. El libro, que, como digo, contiene unas vigorosas interpretaciones, requeriría una segunda edición más ponderada y elaborada (bibliografía e índices; algunos textos no estaban pensados para ser publicados) que hiciera justicia a ese material tan necesario para echar cuentas con el pasado reciente —y hacerlo esta vez con la razón antes que con la pasión.

Pero, dicho eso, la literatura historiográfica en los dos últimos años se está centrando en aspectos relacionados de uno u otro modo con el final del terror (también el balance antes citado sobre *Transición y democracia* trata de ello). Se ocuparon del tema dos importantes encuentros. Las jornadas del grupo Bakeaz (“El lugar de la memoria”, Bilbao, noviembre de 2011), ya publicado como *El lugar de la memoria. La buella del mal como pedagogía democrática*, coordinada por Martín Alonso, con una introducción suya en el terreno de la filosofía, pero sin Hannah Arendt o al Richard J. Bernstein de *El mal radical*; sin León Poliakov. Uno tiene nostalgia de “Estructuras retóricas de la violencia” del

mismo autor (ver A. Rivera y C. Carnicero Herreros, eds., *Violencia política. Historia, memoria y víctimas*, Madrid: 2010). También se ocupó de ello el Simposio del Instituto Universitario de HS Valentín de Foronda de la UPV-EHU (“Construyendo Memorias: Relatos históricos para Euskadi después del terrorismo”, Vitoria-Gasteiz, junio de 2012), en vías de publicación.

El libro probablemente más relevante de este tiempo es el escrito por Gaizka Fernández Soldevilla y Raúl López Romo, *Sangre, votos, manifestaciones: ETA y el nacionalismo vasco radical, 1958-2011*, Madrid: 2012 (del que se tuvo noticia en el nº 44 de esta revista). Los autores comienzan el libro contando la circunstancia personal de una víctima de ETA: “Aunque había nacido en Astillero (Cantabria), Carlos García Fernández pasó la mayor parte de sus 55 años de vida en Éibar...”; y termina con un epílogo con este arranque: “Eran las tres de la tarde y en el telediario apareció la noticia del apresamiento de varios supuestos militantes de ETA...”. Claro que también escriben: “el objeto de estudio de este capítulo...”, etc. Cuadros, notas críticas, bibliografía, antropología, sociología: historiografía. El libro es un ensayo académico, sin lugar a dudas. Pero aspira también a comunicar con un público lector cultivado empleando ese modo de relato cercano, tan familiar para cualquier lector de novela del siglo XX (o XIX) en que se cruzan mundo privado y público, en que circulan la escritura novelada y la académica. Con ello quieren narrar bien historias verdaderas –frente a lo falso: lo ficticio que se hace

pasar por verdadero que dice un Ginzburg croceano, citando al autor greco-romano Asclepiades de Mirlea—. Una manera de contar con la que el libro afronta con éxito el desafío de valerse de la narrativa creadora sin caer en la vacuidad de la *histoire-bataille*, y lograr, de ese modo, comunicar mejor la trama de lo narrado. En el ensayo se consigue explicar convincentemente “los instrumentos que el abertzalismo radical ha empleado para decidir quién queda fuera de la nación vasca”, prácticas de exclusión social como se proponían los autores. Y también, algunas de las razones que explican que la violencia política e ideologías implacables e invasoras prendieran en una parte de la sociedad vasca: una combinación compleja de aspectos de la economía y la sociedad, de memoria cultural (véase Jan Assmann, aunque los autores no lo utilizan), de culturas políticas, de circunstancias de época (mayo del 68,...), experiencias de dictadura y narrativas nacionalistas. Un libro de referencia ya, que aún tratando de lo más contemporáneo y un breve periodo de tiempo, no descuida conocimientos de más largo recorrido temporal y profundidad conceptual (aunque sea éste quizá el terreno en el que uno echa de menos algunas referencias de mnemohistoria, de mitografía o de historia de las religiones y el pensamiento, que dieran mayor densidad a la reflexión; conocimientos, por cierto, en los que ya avanzó resueltamente Jon Juaristi en sus estudios sobre el nacionalismo vasco en *Sacra Némesis, El bosque originario y Cambio de destino*; y Juan Aranzadi; y, en cierto

modo, Belén Altuna, que traduce al castellano un libro anterior, *Euskaldun fededun*).

López Romo, por su parte, publicó recientemente su tesis, *Años en claroscuro. Nuevos movimientos sociales y democratización en Euskadi, 1975-1980*, Bilbao: 2011. Durante esos años con la muerte de Franco, ‘oscurecidos’, eclipsados por fogonazo del terrorismo, se producían cambios intensos en la sociedad, en la apreciación de las cosas, en la vida privada y social de las personas que veían irrumpir en sus vidas una doble ola de libertad: la política, que comenzaba a estrenarse (caída de la dictadura en 1976-7), y la cultural, que se difundía desde los sesenta, con Dylan y su “The times they are a-changin” (1964), The Beatles y “All you need is love”, visto por millones de telespectadores en directo en 1967, el movimiento hippie, *El segundo sexo* de ‘Castor’, Simone de Beauvoir (1949, aparecido en castellano en 1962), de la revolución sexual y el 68 francés. López Romo explora ese mundo en el País Vasco desde los nuevos movimientos que surgen en aquel clima: el gay, el feminista y el antinuclear (este último tan entreverado con el terrorismo). Los seis años entre 1975 y 1980 son años decisivos que asentaron cierta cultura política en España y el País Vasco. Pero también fueron decisivos en la vida privada de mucha gente que por primera vez expresó su condición y sentimientos con libertad. El libro estudia las redes sumergidas, las micromovilizaciones que lentamente permitieron que aflorara ese cambio de cultura que se estaba dando en la sociedad vasca. Es un libro riguroso y

vigoroso que se anima por la vía del microanálisis y cierta cotidianeidad con el detalle y los matices necesarios. Otro tanto parece anunciar también Fernández Soldevilla con la publicación de su tesis sobre Euskadiko Ezkerra (*Héroes, heterodoxos y traidores. Historia de Euskadiko Ezkerra, 1974-1994*), el grupo emparentado con el radicalismo abertzale que evolucionó hacia la socialdemocracia, con una persona verdaderamente singular al frente, Mario Onaindia, de quien se han hecho un par de biografías, “Mario Onaindia” de Juan José Laborda, en el número 43 de *Cuadernos de Alzate*, 2010, y *Mario Onaindia (1948-2003). Biografía patria*, de Fernando Molina, Madrid: 2012.

Abunda en ese mundo desde el estudio de la filmografía, el libro *The Bask Nation On-Screen. Cinema, Nationalism and Political Violence* (Reno: 2012) de Santiago de Pablo, que cubre con gran inteligencia y detalle las complejas relaciones entre cine vasco –por “hecho en el lugar”–, nacionalismo y sociedad en el tiempo más próximo. Como dice el autor, el cine ha jugado un gran papel en el país –al modo que lo hace en Europa– a la hora de definir la identidad de lo vasco. Y, en lo que toca a Euskadi, sostiene consistentemente De Pablo que dicho perfil vino definido antes por el “nacionalismo revolucionario” (*a new revolutionary nationalism*) vinculado a ETA, que por el nacionalismo clásico del PNV –a pesar de estar éste en el gobierno desde 1980–, tesis de, entre otros, J. Angulo. Establecido esto, constata la estrecha relación que se ha dado entre la imagen del terrorismo transmitida por el cine y la tor-

mentosa percepción social que ha existido de esa violencia (418): cierta ambigüedad generalizada al respecto, filmes de exaltación (sin que pueda hablarse propiamente de complicidad como ha hecho alguien) y también películas de coraje cívico en la medida en que esa voluntad iba ganando posiciones en la sociedad. Cree, con Marc Ferro y al modo clásico, que el cine es una agencia importante de la historia, que interactúa con la sociedad del tiempo, y que, con posteridad, revela aspectos no evidentes a través de otras fuentes. Sin embargo, extremando su argumentación —como ha ocurrido con otras historias basadas en fuentes especializadas como la basada en fuentes orales—, arriesga en exceso cuando equipara las películas (de ficción o documental) a las obras de historiografía (escrita). Creo que el autor confunde el soporte audiovisual e informático, y su potencialidad (véase Robert Darnton y otros) con el audiovisual realmente existente: cine de ficción (“falso”, al modo croceano) o documentales, ninguno concebido, hoy por hoy, como obra historiográfica (que es una disciplina bien definida).

Si Romo y Soldevilla publican sus tesis, otro tanto hizo Joseba Louzao en el espléndido libro *Soldados de la fe o amantes del progreso: catolicismo y modernidad en Vizcaya, 1890-1923*, Logroño 2011). El libro, que gira en torno a una circunstancia (Ortega) clave en la historia del País Vasco, su catolicidad, participa de los méritos y características de los anteriores: microanálisis, detalle y cotidianeidad (rozando a veces el mundo de lo privado) y un buen

recurso a la narración como forma de trenzar el análisis. Louzao sostiene con acierto —en línea con el extenso libro de Christopher A. Bayly, y otros; uno mismo lo comprobó al “visitar” a Raimundo García, Ameztiá, director de *El Diario de Navarra* en aquellos años del XX; Alfonso Botti—, sostiene que la religión forma, conforma y pertenece a la modernidad, como ha pertenecido de otra manera a toda la historia de la humanidad, algo obvio que nos cuesta ver: el filósofo Peter Sloterdijk sostiene peculiares puntos de vista al respecto en su reciente *Has de cambiar tu vida*.

También el nacionalismo de siempre (PNV, aunque también sus derivados radicales) ha sido objeto de análisis. La principal publicación en esa dirección es, sin duda, el *Diccionario ilustrado de símbolos del nacionalismo vasco* (Madrid: 2012), coordinado por S. de Pablo, J. L. de la Granja, L. Mees y J. Casquete. Inspirado en el diccionario sobre el nazismo de Rosa Sale (2003), el libro repasa buena parte de los símbolos empleados en la cultura política del nacionalismo (incluidas personas —Gallastegui, Monzón—, que funcionaron realmente como símbolos). El diccionario, haciendo honor al género, es de una gran utilidad: cuida la información ofrecida, dispone de numerosos índices y abundan las ilustraciones. Sin embargo, ocupándose del vasto territorio de los mitos y los esquemas dados, de rasgos primordiales y prototípicos que el tiempo y el hombre político moldea a corto y a su medida pero que conforman continentes de tradiciones y pozos profundos que se pierden en el

tiempo, el *Diccionario ilustrado...* se detiene en la contemporaneidad estricta, demasiado corta para la comprender ese vasto universo de repeticiones e imitaciones como es el universo de los mitos. En este sentido se aleja en cierto modo de su referencia –el *Diccionario crítico...* de Rosa Sala– que sí recurre al análisis de diacronías prolongadas, de estudios sobre mitologías comparadas, de memorias comparadas o de las religiones.

Por su parte, un notable grupo de historiadores del País Vasco (García

Sanz, Gracia Cárcamo, Aizpuru, Castells) reúnen sus trabajos sobre procesos de nacionalización comparados en *Procesos de nacionalización en la España Contemporánea* (Salamanca 2010). Merece también señalar las tesis de historia urbana y demografía de Susana Serrano (*El Kadagua y los desequilibrios territoriales de la industrialización de la Ría de Bilbao, 1830-1985*, Bilbao: 2011) y de Arantza Pareja (*El capital humano en el mundo urbano. Experiencias desde los padrones municipales, 1850-1930*, Bilbao: 2011).